

La transfiguración

Dr. Justo L. González



El Discípulo 3.3 (12 de 13)

Mateo 17.1-12

21 de febrero de 2010

TEXTO ÁUREO

«Allí se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz».

—Mateo 17.2

CRISTO: EL CUMPLIMIENTO

La transfiguración

RVR

VP

Mateo 17.1-12

¹ Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte alto.

² Allí se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.

³ Y se les aparecieron Moisés y Elías, que hablaban con él.

⁴ Entonces Pedro dijo a Jesús: «Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, haremos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

⁵ Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió y se oyó una voz desde la nube, que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd».

Mateo 17.1-12

¹ Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan, el hermano de Santiago, y se fue aparte con ellos a un cerro muy alto.

² Allí, delante de ellos, cambió la apariencia de Jesús. Su cara brillaba como el sol, y su ropa se volvió blanca como la luz.

³ En esto vieron a Moisés y a Elías conversando con Jesús.

⁴ Pedro le dijo a Jesús: —Señor, ¡qué bien que estemos aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁵ Mientras Pedro estaba hablando, una nube luminosa se posó sobre ellos, y de la nube salió una voz, que dijo: “Este es mi Hijo amado, a quien he elegido: escúchenlo.”

6 Al oír esto, los discípulos se postraron sobre sus rostros y sintieron gran temor.

7 Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: «Levantaos y no temáis».

8 Cuando ellos alzaron los ojos, no vieron a nadie, sino a Jesús solo.

9 Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: —No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos.

10 Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: —¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?

11 Respondiendo Jesús, les dijo: —A la verdad, Elías viene primero y restaurará todas las cosas.

12 Pero os digo que Elías ya vino, y no lo conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del hombre padecerá a manos de ellos.

6 Al oír esto, los discípulos se postraron con la cara en tierra, llenos de miedo.

7 Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: —Levántense; no tengan miedo.

8 Y cuando miraron, ya no vieron a nadie, sino a Jesús solo.

9 Mientras bajaban del cerro, Jesús les ordenó: —No cuenten a nadie esta visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado.

10 Los discípulos preguntaron entonces a Jesús: —¿Por qué dicen los maestros de la ley que Elías ha de venir primero?

11 Y Jesús contestó: —Es cierto que Elías viene primero, y que él lo arreglará todo.

12 Pero yo les digo que Elías ya vino, y que ellos no lo reconocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron. Del mismo modo, el Hijo del hombre va a sufrir a manos de ellos.

Introducción

A muchos predicadores y maestros de escuela bíblica se nos hace difícil saber qué decir sobre la historia de la transfiguración de Jesús. Es un pasaje de suma importancia. Para entenderlo, seguiremos dos procedimientos sucesivos.

Primero, trataremos de leerlo relacionándolo con otros textos bíblicos a los que el pasaje alude, aunque a veces casi como de pasada. En el ANÁLISIS DE LA ESCRITURA, veremos que el pasaje relaciona a Jesús con Elías como el más grande de los profetas. Pero veremos sobre todo que le relaciona con Moisés, y que parte de su propósito es presentarnos a Jesús como un nuevo Moisés que ha de librar a su pueblo y de guiarle en un nuevo éxodo, y como la culminación del mensaje de todos los profetas. Veremos que también se relaciona

con la última tentación de Jesús en el desierto, y con su bautismo.

Con todo esto de trasfondo, trataremos de leer el pasaje a la luz de lo que Jesús acaba de decirles a sus discípulos en el texto que estudiamos el domingo pasado. Los discípulos vienen con el dolor del mensaje de la cruz de Jesús—y de la cruz que ellos mismos han de llevar. En ese contexto, la transfiguración es señal de que en Jesús no sólo se cumplen las esperanzas del pasado, sino se nos da un atisbo de la victoria final, tanto de Jesús como nuestra.

Con todo esto en mente, veremos que el culto cristiano—particularmente la comunión—es un atisbo de la gloria del banquete final, así como la transfiguración fue un atisbo de esa gloria. También en este caso como en aquél, para de veras experimentar el resplandor que envuelve a Jesús y a sus discípulos, hay que haber tomado la cruz—hay que venir, como ellos, del valle lóbrego y sombrío en el que la obediencia radical a Jesús coloca a sus seguidores.

PROPÓSITO

El propósito de la lección, además de conocer la historia de la transfiguración, será relacionarla con nuestra fe y nuestra obediencia. Veremos que el profundo significado de la transfiguración para los discípulos se entiende mejor si recordamos la carga pesada que llevarían tras el anuncio de Jesús sobre su cruz y la de ellos. Veremos que, en medio de nuestras cruces, Dios nos ofrece atisbos de su gloria, momentos de comunión con el Señor resucitado. Por último, veremos que ese es uno de los significados de la cena o comunión que celebramos cada semana.

Análisis de la Escritura

Mateo 17.1-12

La historia que estudiamos hoy se conoce como «la transfiguración». A través de la historia, se le ha utilizado para recalcar diversos puntos. Así, por ejemplo, en algunas iglesias se estudia este pasaje y se predica sobre él después del Domingo de Resurrección, pues el pasaje muestra algo de la gloria que ahora le pertenece a Jesús. En otras iglesias se utiliza como un anuncio del retorno de Jesús en gloria. Lo más común es utilizarlo al final de un retiro u otra experiencia extraordinaria, para invitar a los creyentes a no quedarse «en el monte» en que se encuentran, sino regresar al valle y allí dar testimonio de lo que han visto.

Mateo presenta el episodio «seis días después». Puesto que este pasaje sigue inmediatamente después del que estudiamos la semana pasada, esto quiere decir que Mateo coloca la transfiguración seis días después que Jesús les

anunció a sus discípulos que seguirle era cuestión de negarse a sí mismos, tomar su cruz, y seguirle. Bien podemos imaginar lo consternados que estarían los discípulos durante esos cinco días entre el anuncio terrible de la necesidad de la abnegación y el sufrimiento, y este otro día de la transfiguración.

El texto dice que Jesús llevó a sus discípulos «a un monte alto». De inmediato, esto nos recuerda tres otros episodios bíblicos. El primero es Moisés en el Sinaí. Como Moisés, Jesús dejó al resto del pueblo en el valle y subió al monte—aunque llevando consigo a sus tres discípulos más cercanos. Los estudiosos de la Biblia han señalado que en el Evangelio de Mateo, más que en cualquiera de los otros, se presenta a Jesús como el nuevo Moisés. Uno de los ejemplos de Jesús como el nuevo Moisés es el Sermón del Monte: así como Moisés subió al Sinaí y desde allí trajo la ley, ahora Jesús subió al monte, y desde allí proclamó su evangelio—y no olvidemos cuán repetidamente aparece en ese sermón la frase «oísteis que fue dicho [por Moisés]... más yo os digo». Luego, el segundo episodio bíblico que este pasaje nos recuerda es la subida de Jesús al monte para allí dar sus enseñanzas. Por último, la referencia al «monte alto» nos recuerda la tercera tentación de Jesús en el desierto (Mt 4.8-9), en la que el diablo llevó a Jesús a «un monte alto» y desde allí le mostró todos los reinos de la tierra. En aquel otro monte alto Jesús se negó a adorar a Satanás, y ahora en este otro monte alto se revelan el verdadero poder y la gloria de Jesús. Si las alusiones a Moisés indican poder y autoridad, la alusión a la tentación en el desierto señala hacia la victoria de Jesús sobre todas las fuerzas del mal.

«Se transfiguró» quiere decir que se cambió. Los evangelistas no dan muchos detalles acerca de cómo fue que Jesús cambió, excepto que su rostro brillaba y que sus vestidos resplandecían. En esto también vemos un paralelismo con Moisés, a quien le brillaba el rostro al bajar del monte, pues había hablado con Dios (Ex 34.29).

Mateo dice solamente que Jesús hablaba con Moisés y Elías, sin decir sobre qué. Empero Lucas (Lc 9.31) dice que hablaban sobre «su salida». La palabra griega que aquí se emplea es *éxodos*, que efectivamente quiere decir salida, y de donde toma su título el libro de Éxodo. En este contexto, se le puede relacionar por una parte con Moisés y por otra con Elías. Elías fue llevado directamente al cielo por una carroza de fuego (2 R 2.11), y Jesús ascenderá en una nube (Lc 24.51; Hch 1.9). Luego, si pensamos en términos de Elías la conversación tiene que ver con la muerte, resurrección y ascensión de Jesús. En cuanto a Moisés, su principal tarea fue precisamente guiar al pueblo en su éxodo o salida de Egipto. La tarea de Jesús será guiar a su pueblo en una nueva salida—ahora del yugo del pecado y la muerte y hacia una plena libertad.

Es en el v. 4 que Pedro hace la sugerencia que se emplea fre-

cuentemente al usar este pasaje para recordarnos que debemos «bajar del monte». Pero lo que Pedro sugiere es que se hagan «enramadas», y tales enramadas eran estructuras muy provisionales, para cubrirse de los elementos por un breve tiempo. Al parecer Pedro no está sugiriendo quedarse para siempre en el monte de la transfiguración, sino que mientras Jesús, Moisés y Elías conversan, ya que los tres discípulos están con ellos, sería bueno que al menos se ocuparan de proveerles abrigo a estos tres importantes personajes.

La sugerencia de Pedro queda eclipsada por la «nube de luz» que les cubre. Esto quiere decir que quedaron deslumbrados. Y es entonces que se escucha una voz que viene del centro mismo de esa luz, y que dice: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd». La primera oración de inmediato nos recuerda el bautismo de Jesús, donde se escucha una voz que dice lo mismo (Mt 3.17). La segunda le confiere autoridad: «a él oíd». En vista de que Jesús está con Moisés y con Elías, los personajes paradigmáticos de la ley y los profetas, esto quiere decir que sus palabras han de ser escuchadas como provenientes del mismo Dios de la ley y de los profetas, pero con mayor autoridad.

Hay una referencia a todo esto en la Segunda Epístola de Pedro, cuyo autor dice que cuando estaban en el monte él y otros escucharon la voz que decía «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (2 P 1.18). Pero allí no aparecen las palabras «a él oíd».

Ante todo esto, los tres discípulos caen postrados, y no se levantan sino cuando Jesús les toca y les asegura que no hay por qué temer. Entonces ven que los otros dos personajes se han ido, y solamente queda Jesús.

Bajan del monte, y una vez más, como poco menos de una semana antes, Jesús les ordena que no digan lo que han visto, sino que esperen hasta su resurrección para hacerlo. Aquí tenemos un ejemplo más del «secreto mesiánico» con que nos hemos topado repetidamente en el curso de estas lecciones sobre Mateo.

En el v. 10, no está claro si quienes le preguntan a Jesús acerca de Elías son solamente los tres que subieron con él al monte, o el

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. Análisis y explicación del texto.
Sus conexiones con otros textos de la Biblia.
- II. La situación de los discípulos al subir con Jesús al monte (relacionarlo con la lección anterior).
- III. La relación entre el mensaje de la cruz y la experiencia de la transfiguración.
- IV. El culto (particularmente la comunión) como experiencia de transfiguración.

VOCABULARIO BÍBLICO

PERSONAJES EN LA TRANSFIGURACIÓN:

El pasaje de hoy narra una experiencia que tuvieron tres discípulos junto a Jesús. Estos tres son Pedro, Jacobo (o Santiago) y Juan. Al leer tanto Hechos como la epístola a los Gálatas (2.9) vemos que estos tres fueron los líderes entre el grupo de discípulos.

Los dos personajes que aparecen junto a Jesús tienen importancia especial. Moisés fue el líder que Dios empleó para liberar al pueblo del yugo de Egipto, para guiarles en la travesía por el desierto, y para darles la ley. Debido a esto último, la figura de Moisés se usaba frecuentemente para referirse a la ley—como cuando se decía, por ejemplo, «la ley de Moisés».

La historia de Elías aparece en los dos libros de Reyes (1 R 17.1-2 R 2.11). Elías fue el más grande entre los primeros profetas del pueblo de Israel. Tanto es así, que había entre los judíos la esperanza de que un día Elías volviera, posiblemente como un heraldo de la venida del Mesías. No olvidemos que en la lección de la semana pasada vimos que, entre las muchas explicaciones que se daban entre el pueblo acerca de quién era Jesús, una era que Jesús era Elías, que ahora había vuelto a Israel. Elías era visto como el prototipo del profeta, que se había opuesto a la corrupción y a la idolatría instigadas por Jezabel, como los otros profetas que le siguieron encararon y condenaron la idolatría y la corrupción de sus tiempos.

grupo todo de sus discípulos. El contexto da a entender que se trata de una continuación de la conversación que antecede. Jesús les anuncia su resurrección a estos tres discípulos, y ellos, entendiendo correctamente que se trata nada menos que del cumplimiento de las profecías mesiánicas, le preguntan si no es necesario que Elías venga delante del Mesías. Jesús les responde dándoles a entender que en cierto sentido Elías ya vino, en la persona de Juan el Bautista. Naturalmente, esto no quiere decir que Juan fuera Elías reencarnado, sino más bien que Juan cumplió el papel de heraldo que las Escrituras habían anunciado e Israel esperaba. A esto le añade Jesús el paralelismo entre su propia suerte y la que antes padeció Juan el Bautista.

Aplicación

¿Cómo hemos de aplicar esta Escritura a nuestra propia vida? Lo más común, como ya hemos dicho, es utilizarla para recordarnos, después de una «experiencia cumbre», que

debemos «regresar al valle» para allí dar testimonio. Tal interpretación tiene su valor, pero parece reducir el mensaje de este texto a una cuestión de sentido común:

hay que regresar de la experiencia cumbre al valle de la vida cotidiana.

Para entender la importancia de la experiencia de la transfiguración, tenemos que tener en cuenta no sólo el monte y lo que allí sucedió, sino también el valle de donde venían y a donde después regresaron Jesús y sus discípulos.

La semana pasada, al estudiar el pasaje inmediatamente anterior al de hoy, vimos primero lo que bien pudo llamarse una «experiencia cumbre»: la confesión de Pedro y la respuesta de Jesús. Pero inmediatamente siguieron otras cuestiones mucho más tristes y hasta lóbregas. Jesús les anuncia a sus discípulos que es necesario que Él vaya a Jerusalén, donde ha de sufrir humillación, sufriendo y muerte. Inmediatamente añade que, si sus discípulos han de serle fieles, ellos también han de correr la misma suerte. Los discípulos debían estar anonadados, amedrentados y entristecidos por el mensaje de la cruz de Jesús y de sus propias cruces.

Menos de una sema-

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía para el desarrollo efectivo de la clase, están las siguientes:

- En las secciones VOCABULARIO BÍBLICO y ANÁLISIS DE LA ESCRITURA, se hacen varias referencias a otros pasajes bíblicos que nos pueden ayudar a ver varias facetas de lo que Mateo dice sobre la transfiguración. Un método que usted puede emplear para ayudar a la clase a pensar sobre esto es hacer una lista de esas referencias, y repartirlas entre los participantes antes de empezar la lección. Pídale que las lean en voz baja, para que sepan de qué se trata. Según se vaya leyendo el pasaje para la lección de hoy, vaya invitándoles a leer lo que se les ha dado, y pregúnteles a esas personas y al resto de la clase qué conexión ven entre esos breves textos y la historia que vamos estudiando. Sobre todo, guíe una discusión sobre cómo esos otros textos nos ayudan a entender la historia de la transfiguración de una nueva manera, o con mayor profundidad.

- Los temas de las cruces que los discípulos de Jesús han de llevar, y de la comunión como un anticipo de la gloria venidera, se prestan para dar oportunidad para que quienes así lo deseen compartan sus propias experiencias, o mencionen casos de otras personas que puedan servir de ejemplo de alguno de estos dos puntos. Particularmente en el tema de las cruces, asegúrese de que se mencionen tanto algunos casos dramáticos como los de los mártires, así como otros casos menos dramáticos, como los de alguna persona que perdió el empleo. (No estamos sugiriendo que estos dos temas se discutan a la vez, sino que en ambos casos se puede usar una metodología de discusión y testimonio.)

na después de tales anuncios, Jesús sube al monte con tres de sus discípulos. Lo que dejan detrás no es sencillamente, como podríamos imaginar, el valle de la vida cotidiana y común. Lo que dejan detrás es el valle del sufrimiento y la cruz. Dejan lo que el salmista probablemente llamaría un «valle de sombra y de muerte».

Ahora suben al monte, y allí ven una gran luz. La importancia de esa luz se acrecienta al recordar las sombras que los discípulos traerían consigo. Habrían dejado el valle detrás; pero el anuncio lóbrego de la cruz siempre les seguiría. ¡Pero ahora, en medio de una gran luz, ven a su Señor transformado y rodeado de una gran luz! ¡No ha de sorprendernos entonces el que Pedro quiera continuar la experiencia por tanto tiempo como sea posible! Aquí, bajo unas enramadas para protegerse del calor del sol, ya no habrá más sufrimiento, y la cruz bien se puede dejar olvidada...

Pero tienen que volver al valle. No, como pensamos a veces, al valle de la vida cotidiana, sino al valle de la cruz, al valle de sombra de muerte. Al descender, Jesús les anuncia una vez más su resurrección, y les autoriza a hablar de la experiencia del monte solamente después de esa resurrección.

¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros y nosotras? Para entender en carne propia la experiencia de la transfiguración, tenemos que empezar por aceptar y vivir la experiencia de la cruz. Con demasiada frecuencia pensamos que lo que los cristianos y cristianas debemos hacer ante el sufrimiento es negarlo. Hay quien piensa que, si muere un ser querido, llorarlo, y extrañarle, y declararse herido y adolorido, es falta de fe. Hasta hay ahora quien predica que si crees en el poder de Jesucristo todo te va a salir bien: no vas a perder el trabajo, vas a conseguir el carro que quieres, podrás pagar la hipoteca... Sin ir tan lejos, hay iglesias en las que nadie se atreve a pedir que se ore por un hijo que ha caído en la adicción a drogas, o por una hija que tiene SIDA, o porque ha perdido el trabajo y no sabe cómo va a alimentar a la familia. ¡Es como si el sufrimiento fuese cosa vergonzosa!

Lo que el Evangelio nos dice es muy diferente: Primero, el sufrimiento mismo nunca es cosa vergonzosa ni es señal de falta de fe. Segundo, hay casos en los que el sufrimiento es resultado de la fe y de la obediencia cristiana.

Tomemos un ejemplo. Si a alguien se le ordena en el trabajo que haga algo deshonesto, y se niega a hacerlo porque es cristiano, es muy posible que pierda el empleo. En tal caso, el estar desempleado no es señal de falta de fe, sino todo lo contrario. Si alguien les da albergue en su hogar a personas pobres y necesitadas, y luego encuentra que el dinero escasea, esa escasez no es razón de vergüenza, sino todo lo contrario. Es a esta clase de acciones que se refiere Jesús al invitarnos a tomar su cruz y seguirle. Tales situaciones, y otras paralelas, no deberían ser la excepción, sino la regla,

entre los discípulos del Señor. En este punto sería bueno que tomáramos unos instantes para preguntarnos cuándo fue la última vez que sufrimos por razón de nuestra fe y de nuestra obediencia. Si se nos hace difícil pensar en tales casos, ¿no será que nos hemos deshecho del mensaje de la cruz? Sin el mensaje de la cruz, sin cruces que llevar, ¿podremos llamarnos discípulos del Señor de la cruz?

Quien es verdaderamente discípulo del Señor de la cruz, de un modo u otro conocerá la experiencia lóbrega del valle de sombras—como la conocieron aquellos primeros discípulos antes de subir al monte.

A partir de ese contexto, podemos empezar a entender la maravilla del mensaje de la transfiguración. Ese mensaje no es sólo que en medio del tedio cotidiano podemos tener una experiencia cumbre. El mensaje es también que, en medio de una realidad lóbrega, cuando bien puede parecer que nuestra obediencia es en vano, el Señor nos provee un atisbo de su gloria y de su victoria—que serán también nuestra gloria y nuestra victoria.

Esto es lo que sucede en la adoración de la iglesia. La adoración nos provee precisamente ese atisbo, ese anticipo de la presencia plena de Dios, y de nuestra comunión plena con Él. En la adoración, por así decir, subimos al monte de la transfiguración, y allí tenemos una visión que nos permite continuar viviendo en las sombras del valle, hasta que lo que esperamos se torne realidad.

Esto es particularmente cierto de la comunión. Es por ello que en sus mejores tiempos, y a través de los siglos, la iglesia cristiana ha centrado su culto en la comunión. En el siglo dieciséis, cuando había serios debates acerca del modo en que Cristo está en la comunión—si el pan seguía siendo pan, o si se convertía en el cuerpo de Cristo, si la comunión era solamente un símbolo de nuestra unión con Cristo—Juan Calvino dio en el clavo cuando dijo que lo importante no es que Cristo esté en el altar. Lo importante es que en la comunión Dios nos lleva al trono mismo de su presencia, y allí tenemos un anticipo del banquete final de las bodas del Cordero.

¿Vemos eso en la comunión, cada vez que la celebramos? Si no, ¿será posible que ello se deba a que no hemos tomado en serio el mensaje de la cruz? ¿Qué podemos hacer para que nuestra experiencia en la comunión sea como la de los discípulos en la transfiguración?

Resumen

- Jesús no les promete a sus discípulos—ni nos promete a nosotras y nosotros—que todo va a ser fácil. Al contrario, les anuncia sus propios sufrimientos, y además les declara que si de veras han de ser sus discípulos tendrán que llevar también sus cruces. Al subir al monte de la transfiguración, es ese terrible anuncio lo que los discípulos llevan consigo. Allí, en la transfiguración, Jesús no niega lo que les acaba de decir. No les promete que todo va a ser fácil. No les dice que ha decidido dejar a un lado la cruz. No les dice que no van a tener que llevar las cruces que les ha prometido. Pero sí les da un atisbo de su gloria y de su victoria, que será también la victoria y la gloria de los discípulos.

- Al bajar del monte, los discípulos todavía tendrán que enfrentarse a la crucifixión de su Maestro y a sus propias cruces, pero ahora podrán hacerlo como quienes han visto algo de la gloria venidera.

- El Señor no nos dice que nos quitará las cruces. Pero sí nos ha ofrecido modos de alcanzar algunos atisbos de la gloria venidera, de modo que esos atisbos nos ayuden a vivir en fe y obediencia aun en medio de las dificultades que esa fe y esa obediencia nos puedan acarrear.

- Uno de esos modos es el culto de la iglesia. En él no solamente adoramos a Dios y escuchamos su Palabra, sino que también vemos algo de su gloria—y esa visión nos permite vivir en obediencia aun en medio de las cruces. Dentro de ese culto, la comunión ocupa un lugar especial, pues en ella participamos por adelantado del gran banquete final de las bodas del Cordero.

Oración

Señor, Tú sabes las cruces que tenemos que llevar cuando de veras tratamos de seguirte. Tú sabes que a veces, cuando esas cruces se nos hacen demasiado pesadas, nos asedia la tentación de dejarlas a un lado, de serte menos fieles, de buscar una fe más fácil. Por eso te damos gracias de que, en tu infinito amor, Tú nos ofreces anticipos o atisbos de la gloria venidera, de modo que nuestras cruces se hacen más llevaderas. Ayúdanos a verte en esos anticipos, y danos fe y fortaleza para serte fieles aun en medio de las cruces. Por Jesús, Señor de la transfiguración. Amén.

**LECTURAS DEVOCIONALES PARA
LA PRÓXIMA SEMANA****Lunes**

Deuteronomio 15.7-11

Miércoles

Hechos 8.1-3; 9.1-2

Viernes

Hechos 17.1-4

Martes

Hechos 1.12-14

Jueves

Hechos 8.4-13

Sábado

Hechos 16.11-15